

TEOGONIA

*Musas
en el Helicón*

Comencemos nuestro canto por las Musas Heliconiadas, que habitan la montaña grande y divina del Helicón. Con sus pies delicados danzan en torno a una fuente de violáceos reflejos y al altar del muy poderoso Cronión. Después de lavar su piel suave en las aguas del Permeso, en la Fuente del Caballo o en el divino Olmeo, forman bellos y deliciosos coros en la cumbre del Helicón y se cimbrean vivamente sobre sus pies. 5

Partiendo de allí, envueltas en densa niebla marchan al abrigo de la noche, lanzando al viento su maravillosa voz, con himnos a Zeus portador de la égida, a la augusta Hera argiva calzada con doradas sandalias, a la hija de Zeus portador de la égida, Atenea de ojos glaucos, a Febo Apolo y a la asaeteadora Artemis, a Posidón que abarca y sacude la tierra, a la venerable Temis, a Afrodita de ojos vivos, [a Hebe de áurea corona, a la bella Dione, a Eos, al alto Helios y a la brillante Selene,] a Leto, a Jápeto, a Cronos de retorcida mente, a Gea, al espacioso Océano, a la negra Noche y a la restante estirpe sagrada de sempiternos Inmortales ¹. 10 15 20

¹ Se ha dicho de este *Catálogo* que es un programa de la *Teogonía* en sucesión inversa; se ha pensado que es una breve

Ellas precisamente enseñaron una vez a Hesíodo un bello canto mientras apacentaba sus ovejas al pie del divino Helicón. Este mensaje a mí en primer lugar me dirigieron las diosas, las Musas Olímpicas, hijas de Zeus portador de la égida:

«¡Pastores del campo, triste oprobio, vientres tan sólo! Sabemos decir muchas mentiras con apariencia

alusión al material de que dispone el poeta para su obra y se han querido introducir correcciones o atetizar algunos nombres. Lo cierto es que Hesíodo al componer este *Catálogo* no ha seguido las normas genealógicas que rigen los otros de la *Teogonía*.

A simple vista, podría parecer que la relación y el orden de los dioses citados es anárquico; pero un análisis más detallado del contenido nos permite observar ciertas normas en la composición:

La asociación familiar entre Zeus, Hera (su principal esposa), Atenea, Apolo y Ártemis (sus hijos) y Posidón (su hermano), puede explicar el orden de estos primeros dioses. A continuación se cita a Temis (otra esposa de Zeus) y Afrodita que en los *Himnos Homéricos* aparece asociada a Temis; Afrodita sugiere a Hebe (la *Juventud*) y a Dione (su madre en Homero), cuya asociación con Leto es también tradicional en los *Himnos*. Por último, estas dos diosas, ambas Titánides, sugieren a Jápeto, Cronos y, retrospectivamente, a Gea, Océano, Aurora, Helios y Noche, divinidades elementales. Es curiosa la ausencia de Urano.

Las coincidencias con Homero y los *Himnos* permiten suponer que el *Catálogo* no fuera elaboración de Hesíodo, sino una lista popular que el poeta recibe de la tradición (Cf. M. L. WEST, *Theogony*, pág. 156) e inserta en su poema. En todo caso, como advierte B. SNELL (*Las fuentes...*, pág. 85), con él, Hesíodo quiere mostrar a Zeus en su función de soberano, resaltada más adelante en el *Mito de la Sucesión*.

Desde este punto de vista, B. SNELL busca la clave del *Catálogo* en la dignidad y santidad de los dioses enumerados: Zeus aparece como *portador de la égida*, símbolo de su poder; Hera como *señora*, esposa de Zeus; Posidón sigue a las divinidades celestes como dios de un elemento más estéril, el mar; y así sucesivamente: el *Derecho divino* precede al *Amor*; éste a la *Belleza* representada en Hebe, etc., para terminar con personificaciones naturales como la Aurora, el Sol y la Noche.

de verdades; y sabemos, cuando queremos, proclamar la verdad.»

Así dijeron las hijas bienhabladas del poderoso Zeus. 30
Y me dieron un cetro después de cortar una admirable rama de florido laurel. Infundiéronme voz divina para celebrar el futuro y el pasado y me encargaron alabar con himnos la estirpe de los felices Sempiternos y cantarles siempre a ellas mismas al principio y al final. Mas, ¿a qué me detengo con esto en torno a la encina 35 o la roca?².

² Expresión proverbial de sentido dudoso. M. L. WEST, en un exhaustivo análisis del pasaje en cuestión (*Theogony...*, páginas 167-9), recoge los diferentes testimonios de la Literatura griega en que aparecen juntas la encina y la roca. Destacan entre ellos *Odisea*, XIX 163, que parece aludir al origen de los hombres a partir de la encina y de la roca, e *Iliada* XXII 126-7, donde se aplica a la conversación.

W. J. VERDENIUS (citado por WEST) había interpretado el verso de Hesíodo como «hablar sobre los asuntos privados de uno» partiendo del sentido de *descendencia* atribuido a dichos objetos (= «hablar sobre el origen propio»). WEST que se muestra escéptico respecto a la tesis de VERDENIUS, pasa luego a examinar las distintas posibilidades que el proverbio puede tener en su referencia al lenguaje:

- ¿Para qué hacer digresiones?
- ¿Por qué voy dando vueltas? (comienza por la necesidad de iniciar el canto por las Musas y ahora vuelve al mismo tema).
- ¿Para qué presumir de mi iniciación poética?
- ¿A qué detenerse en lo menos importante en lugar de comenzar ya con lo esencial?
- ¿Para qué contar lo que nadie va a creer?

Pero ninguna de estas posibilidades parece convencer a WEST, que insiste en el valor local de *Perí* con acusativo en la época temprana; de acuerdo con este valor, no podemos entender «en relación con la piedra o la encina», sino «dando vueltas alrededor de la piedra o la encina».

H. HOFFMANN, en un artículo sobre el mismo tema («Hesiod Theogonie v. 35», y *Gymnasium* 78 (1971), 90-97), ha demostrado en cambio que la preposición citada puede tener ese valor local que le atribuía VERDENIUS el cual ha vuelto a defender nuevamente su teoría más verosímil después del comentario de

*Musas
en el Olimpo*

¡Ea, tú!³, comencemos por las Musas que a Zeus padre con himnos alegran su inmenso corazón dentro del Olimpo, narrando al unísono el presente, el pasado y el futuro. Infatigable brota de sus bocas la grata voz.
40 Se torna resplandeciente la mansión del muy resonante Zeus padre al propagarse el delicado canto de las diosas y retumba la nevada cumbre del Olimpo y los palacios de los Inmortales.

Ellas, lanzando al viento su voz inmortal, alaban con
45 su canto primero, desde el origen, la augusta estirpe de los dioses a los que engendró Gea y el vasto Urano y los que de aquéllos nacieron, los dioses dadores de bienes. Luego, a Zeus padre de dioses y hombres, [al comienzo y al final de su canto, celebran las diosas], cómo sobresale con mucho entre los dioses y es el de
50 más poder. Y cuando cantan la raza de los hombres y los violentos Gigantes, regocijan el corazón de Zeus dentro del Olimpo las Musas Olímpicas, hijas de Zeus portador de la égida.

Las alumbró en Pieria, amancebada con el padre Crónida, Mnemósine, señora de las colinas de Eleuter, 55 como olvido de males y remedio de preocupaciones. Nueve noches se unió con ella el prudente Zeus subiendo a su lecho sagrado, lejos de los Inmortales. Y cuando ya era el momento y dieron la vuelta las estaciones, con el paso de los meses, y se cumplieron mu-

HOFFMANN (cf. W. J. VERDENIUS, «Notes on the Proem of Hesiod's *Theogony*», *Mnemosyne* IV, 25 (1972), 240-1).

Por nuestra parte creemos que el sentido del verso sigue siendo oscuro y hemos preferido conservar la ambigüedad del texto griego traduciendo la preposición por «en torno a», que puede entenderse en sentido local (WEST) o de relación (VERDENIUS).

³ El poeta se dirige a sí mismo. Hasta PÍNDARO (*Pítica* I 81) no se encuentra otro ejemplo en la poesía griega.

chos días, nueve jóvenes de iguales pensamientos, inter- 60 resadas sólo por el canto y con un corazón exento de dolores en su pecho, dio a luz aquélla, cerca de la más alta cumbre del nevado Olimpo.

Allí forman alegres coros y habitan suntuosos palacios. Junto a ellas viven, entre fiestas, las Gracias e Hímero. Y una deliciosa voz lanzando por su boca, can- 65 tan y celebran las normas y sabias costumbres de todos los Inmortales, [lanzando al viento su encantadora voz].

Aquellas iban entonces hacia el Olimpo, engalanadas con su bello canto, inmortal melodía. Retumbaba en torno la oscura tierra al son de sus cantos, y un deli- 70 cioso ruido subía de debajo de sus pies al tiempo que marchaban al palacio de su padre. Reina aquél sobre el cielo y es dueño del trueno y del llameante rayo, desde que venció con su poder al padre Cronos. Perfectamente repartió por igual todas las cosas entre los Inmortales y fijó sus prerrogativas.

Esto cantaban las Musas que habitan las mansiones 75 olímpicas, las nueve hijas nacidas del poderoso Zeus: Clío, Euterpe, Talía, Melpómene, Terpsícore, Erato, Polimnia, Urania y Calíope⁴. Esta es la más importante de todas, pues ella asiste a los venerables reyes. 80

⁴ Visto aislada y superficialmente, el *Catálogo de las Musas* inserto entre el canto de las Musas Olímpicas y la referencia a su acción sobre los hombres, no nos dice nada. A este respecto, nos parece oportuno reproducir unas palabras de P. WALCOT que recogemos de TH. PH. FELDMAN, «Personification and Structure in Hesiod's *Theogony*», *Symb. Osl.* 47 (1971), 28, nota 70: «Sólo cuando se ha reconocido que el propio acto de creación está implicado cada vez que Hesíodo interrumpe su narración para ofrecer una lista de nombres, puede extraerse algún sentido del catálogo de nombres de las Musas o de la *Teogonía* como un todo». Pero, ¿cuáles son las fases de ese acto de creación?

Los nueve hombres que nos da Hesíodo significan respectivamente: «La que da fama, La muy encantadora, La festiva, La

Acción de
las Musas
entre los
hombres

Al que honran las hijas del poderoso Zeus y advierten que desciende de los reyes vástagos de Zeus, a éste le derraman sobre su lengua una dulce gota de miel y
85 de su boca fluyen melifluas palabras. Todos fijan en él su mirada cuando interpreta las leyes divinas con rectas sentencias⁵ y él con firmes palabras en un mo-

que canta, La que ama el baile, La deliciosa, La de variados himnos, La celestial y La de bella voz.

Pues bien, esos nombres, como se ha sugerido más de una vez, son anticipados a lo largo de la descripción anterior con palabras que de una forma u otra se relacionan con ellos. Así el de Clío por la frecuente repetición del verbo «celebrar» (*kleíō*) y el sustantivo «fama» (*kléos*), el de Euterpe por la forma *téropousi* de v. 37, Talía, Melpómene y Terpsícore por las constantes referencias al canto (p. ej., *mélpontai* en v. 66) y la danza, Erato en el epíteto *eratós* («delicioso») y Polimnia por la variedad de sus himnos (cf. vv. 11 y ss.).

En cuanto al origen del nombre *Urania*, B. SNELL lo ha explicado por el adjetivo *Olimpicas* de v. 25, señalando que «Hesíodo significa con ello que la Poesía, como dice Homero, llega hasta el cielo hacia allí propagada por las Musas por encima del espacio y del tiempo», pero nos parece más afortunada la explicación de FRIEDLÄNDER que se basa en la frase «que reina en el cielo» de v. 71 (para las citas cf. K. DEICHGRÄBER, «Die Musen, Nereiden und Okeaninen in Hesiods Theogonie» (*Abhandlungen der Geistes- und Sozialwissenschaft Klasse. Akademie der Wissenschaften und der Literatur*, Wiesbaden, 1965, págs. 182-3); la objeción de K. DEICHGRÄBER de que esa frase no tiene que ver de forma inmediata con las Musas, no es convincente en cuanto que la soberanía de Zeus en el cielo es el tema fundamental de su canto en el Proemio.

Por último, la importancia concedida a Calíope ha sido correctamente explicada por B. SNELL (*Las fuentes...*, pág. 71), que pone su nombre en relación con el papel desempeñado por las Musas entre los hombres: es la que otorga una «bella voz» tanto en timbre como en contenido; viene a ser así la representante de lo que las propias Musas dicen a Hesíodo: «Y sabemos también, cuando queremos, proclamar la verdad».

⁵ La *dikē*, en su origen, es el orden normal de los aconteci-

mento resuelve sabiamente un pleito por grande que sea. Pues aquí radica el que los reyes sean sabios, en que hacen cumplir en el ágora los actos de reparación a favor de la gente agraviada fácilmente, con persuasivas y complacientes palabras. Y cuando se dirige al tribunal, como a un dios le propician con dulce respeto y él brilla en medio del vulgo. ¡Tan sagrado es el don de las Musas para los hombres!

De las Musas y del flechador Apolo descienden los aedos y citaristas que hay sobre la tierra; y de Zeus, los reyes. ¡Dichoso aquel de quien se prendan las Musas! Dulce le brota la voz de la boca. Pues si alguien, víctima de una desgracia, con el alma recién desgarrada se consume afligido en su corazón, luego que un aedo servidor de las Musas cante las gestas de los antiguos y ensalce a los felices dioses que habitan el Olimpo, al punto se olvida aquél de sus penas y ya no se acuerda de ninguna desgracia. ¡Rápidamente cambian el ánimo los regalos de las diosas!

¡Salud, hijas de Zeus! Otorgadme el hechizo de vuestro canto. Celebrad la estirpe sagrada de los sempiternos Inmortales, los que nacieron de Gea y del estrellado

Invocación
y programa

Urano, los que nacieron de la tenebrosa Noche y los que crió el salobre Ponto. [Decid también cómo nacie-

mientos; referida luego al plano social, vino a significar el veredicto o sentencia que vuelve a enderezar lo torcido. Por su parte, *thémis* era el asiento que ocupaban los «reyes en la Asamblea para administrar justicia (cf. M. S. RUIPÉREZ, «Historia de *Thémis* en Homero», *Emerita* 28 [1960], 99 ss.) y de ahí vino a significar el «Derecho divino» que esos reyes podían interpretar gracias a las atribuciones conferidas por Zeus mediante el báculo símbolo de su potestad. Ellos conocen así esas *thémistes* y en el juicio tienen que restablecer su alteración mediante las *dikai* o «veredictos», que, como se ve mejor en *Trabajos* (p. ej., v. 36 y 221), pueden ser «rectas» o «torcidas» según se ajusten o no a las *thémistes*.

ron al comienzo los dioses, la tierra, los ríos, el ilimitado ponto de agitadas olas y, allí arriba, los relucientes astros y el anchuroso cielo.] Y los descendientes de aquéllos, los dioses dadores de bienes, cómo se repartieron la riqueza, cómo se dividieron los honores y cómo además, por primera vez, habitaron el muy abrupto Olimpo. Inspiradme esto, Musas que desde un principio habitáis las mansiones olímpicas, y decidme lo que hubo antes de aquéllos.

Cosmogonía

En primer lugar existió el Caos. Después Gea la de amplio pecho, sede siempre segura de todos los Inmortales que habitan la nevada cumbre del Olimpo. [En el fondo de la tierra de anchos caminos existió el tenebroso Tártaro.] Por último, Eros, el más hermoso entre los dioses inmortales, que afloja los miembros y cautiva de todos los dioses y todos los hombres el corazón y la sensata voluntad en sus pechos.

Del Caos surgieron Erebo y la negra Noche. De la Noche a su vez nacieron el Éter y el Día, a los que alumbró preñada en contacto amoroso con Erebo.

Gea alumbró primero al estrellado Urano con sus mismas proporciones, para que la contuviera por todas partes y poder ser así sede siempre segura para los felices dioses. También dio a luz a las grandes Montañas, deliciosa morada de diosas, las Ninfas que habitan en los boscosos montes. Ella igualmente parió al estéril piélago de agitadas olas, el Ponto, sin mediar el grato comercio.

*Hijos de Gea
y Urano*

Luego, acostada con Urano, alumbró a Océano de profundas corrientes, a Ceo, a Crío, a Hiperión, a Jápeto, a Tea, a Rea, a Temis, a Mnemósine, a Febe de áurea corona y a la amable Tetis. Después de ellos nació el más joven, Cronos, de mente retorcida, el más terrible de los hijos y se llenó de un intenso odio hacia su padre.

Dio a luz además a los Cíclopes de soberbio espíritu, a Brontes, a Estéropes y al violento Arges, que regalaron a Zeus el trueno y le fabricaron el rayo. Estos en lo demás eran semejantes a los dioses, [pero en medio de su frente había un solo ojo]. Cíclopes era su nombre por eponimia⁶, ya que, efectivamente, un solo ojo completamente redondo se hallaba en su frente. El vigor, la fuerza y los recursos presidían sus actos.

También de Gea y Urano nacieron otros tres hijos enormes y violentos cuyo nombre no debe pronunciarse⁷: Coto, Briareo y Giges, monstruosos engendros. Cien brazos informes salían agitadamente de sus hombros y a cada uno le nacían cincuenta cabezas de los hombros, sobre robustos miembros. Una fuerza terriblemente poderosa se albergaba en su enorme cuerpo.

⁶ En griego *kýklos* significa «redondo» y *órs* «vista».

⁷ La expresión responde al temor de nombrar a los dioses infernales por su nombre. La misma actitud apotropaica se observa en *Teogonía* v. 310 (cf. n. 41 y 60 a *Trabajos*). Sin embargo, como señala M. L. West (*Theogony*, n. a 148), si bien esta creencia es el punto de partida para tales expresiones, Hesíodo no parece tenerla en cuenta aquí, ya que inmediatamente da sus nombres.